

F. P. WRANGEL: *De Sitka a San Petersburgo al través de México*, México, Secretaría de Educación Pública 1975, 199 pp. [SepSetentas, 194.]

Del valor y de la resistencia física del barón Wrangel y de su familia nadie puede dudar al leer sus aventuras a lo largo de un viaje de siete años. Participa en un estudio del Mar Glacial, para el cual tuvo que recorrer seis mil kilómetros de Siberia en trineo y sale de San Petersburgo en 1829 para ir a tomar posesión de su puesto como gobernador de Alaska —la American rusa, como la llamaron. Después de servir cinco años en Sitka, lugar bien triste para un aristócrata acostumbrado al esplendor de la corte imperial rusa, viene hasta la ciudad de México en un intento de sondear la opinión de la nueva república respecto a concesiones comerciales para Alaska y el eventual reconocimiento de la independencia de México por el zar de todas las Rusias. Su viaje a través de México, desde San Blas donde desembarca hasta Veracruz donde toma nuevamente un velero rumbo a la Habana y Nueva York, para finalmente regresar a San Petersburgo, transcurre con ciertas penalidades propias de la época pero sin grandes sobresaltos. La larga trayectoria permite al barón entablar conversaciones con muchas personas, sobre todo extranjeros de costumbres y cultura europea semejante a la suya. Estas conversaciones le sirven a Wrangel para reforzar lo que ve con sus propios ojos: que México está en un estado de espantosa decadencia desde su separación de España, que “antes construían pero ahora nada más destruyen”, que “todo se viene abajo”, que los pocos extranjeros que se han quedado son los únicos seres morales, responsables, cultos, conscientes, en fin, gente decente, que hay en esta desgraciada república. “De la ruina y de la barbarie total al país lo salva la actividad de los extranjeros y precisamente a ellos es a quien más odian los mexicanos” (p. 132).

Parece que Wrangel llegó a México con ciertos conocimientos acerca del país, y es probable que leyera el español aunque no lo hablara. La realidad que encontró no alcanzó a duplicar la bella imagen que tenía, ni siquiera en cuanto a sus encantos físicos. Ciertos lugares de la república le gustaban mucho, Xalapa por ejemplo, pero él mismo admite que la atracción que sentía por esa ciudad se debía a su parecido con ciertos lugares en Rusia. Por lo demás, en gran parte encontró al país con graves deficiencias en

cuanto a caminos, hospitales, posadas, servicios públicos y casas adecuadas para los pobres. Le llama la atención también la falta tan notable de árboles en grandes extensiones del país.

Entre las notas positivas hay que subrayar la admiración que sentía Wrangel por la hospitalidad que le fue ofrecida. Varios personajes, algunos de ellos mexicanos, merecieron sus más cálidos elogios por la forma como ayudaron a esta familia de viajeros rusos, procurándoles casa, comida, coches, pasaportes e introducciones a personas importantes. Anota que en muchas partes recibió una visita de cortesía de las autoridades locales, visita a la cual respondía él después, como buen caballero. A este respecto ninguna queja le escapa a Wrangel, salvo en el caso de la ciudad de México. Este rasgo de elogiar la hospitalidad mexicana es común a muchos viajeros, inclusive aquellos que desprecian la forma de vivir, las costumbres y el retraso del país. Al comparar los pueblos mexicanos con los de su terruño, el barón ve con evidente gusto lo bien trazados que eran muchos de aquéllos.

Los indígenas y las clases bajas parecen impresionarle favorablemente, sobre todo por ser fáciles de gobernar, suprema virtud desde su aristocrático punto de vista. Lo que no tolera son los mexicanos en general —con eso quiere decir comerciantes, burócratas y otros adictos al régimen republicano. Sus frases son elocuentes: “los oficiales y los militares no sirven para nada. En el frente y en los combates son los primeros en echar a correr” (p. 115). (Este tema de la cobardía del hombre mexicano está tratado ampliamente en literatura estadounidense relacionada con la guerra de Texas.) En otra parte dice: ¡Gente más grosera en todo el mundo no se puede encontrar! La desvergüenza y cobardía siempre van juntas... me atrevo a afirmar que su naturaleza es vil y despreciable” (p. 100). Realmente acaba con los nativos del exótico y salvaje país que visita al decir “vender a un amigo, engañarlo, robarlo o calumniarlo es un hecho tan común entre los mexicanos que inclusive los extranjeros ya dejaron de asombrarse al ver esta decadencia de la dignidad humana” (p. 66).

Lo más interesante del libro es ver que las actitudes expresadas por el barón parecen haber sido muy difundidas entre los representantes diplomáticos y comerciantes europeos. Su desprecio hacia los mexicanos se pagaba con sospechas, envidias y odio. Siempre tuvo problemas México con los extranjeros residentes en el país, desde la expulsión de los españoles hasta la fecha. Este pequeño diario de Wrangel describe la repugnancia que sentían

los extranjeros hacia los mexicanos, sus experimentos republicanos fracasados, el desorden de su vida pública, su falta de moral y de honor.

En cuanto a su presentación en español, se puede afirmar que la traducción permite una lectura amena del diario. Las notas podrían haber sido más extensas para facilitar la localización de nombres geográficos mencionados en el itinerario. La traductora habla del embajador Bootler, quien era Anthony Butler, y el mismo barón parece haberse confundido cuando indica que el fuerte de Perote se encuentra a una lado de Xalapa, al hacer la descripción de esta ciudad (p. 125).

El libro lleva una amplia introducción, escrita por la traductora Luisa Pintos Mimó, donde nos cuenta la historia de Wrangel, su formación social, sus viajes y los trabajos que le dieron fama. Parece que el personaje dejó numerosos escritos, entre los cuales se descubrió recientemente, gracias al investigador ruso Leonid Abelevitch Shur, este diario de su viaje a México. Se desprende de los comentarios de la traductora que hay otros libros publicados en Rusia que también serían fuentes útiles para la historia mexicana del XIX, por ejemplo *Hacia las costas del nuevo mundo*, Editorial Ciencias, Moscú, 1971, que sería interesante poder consultar. Pequeños trozos de este libro, relacionado con el diario de Wrangel, describen el abandono de las misiones de California después de su secularización. Aquí también los comentarios son bastante desfavorables, salvo en lo que concierne a la riqueza de la tierra y al delicioso clima. Otro texto mencionado que nos despierta el mismo interés por ser su autor un testigo desconocido de la época, es un manuscrito de K. T. Jlebnikov intitulado "Observaciones acerca de la ruta de México", que describe el camino de San Blas a la capital.

El barón, y Sepsetentas con la publicación de su obra, nos da unos granitos de arena más para entender las costumbres y las gentes de esa época turbulenta y desorganizada que era el primer período presidencial de Santa Anna. Las agudas observaciones del viajero nos dan muchas pequeñas noticias acerca del vestido, comida y precios que encontró en su camino; nos hace saber por ejemplo que los arrieros ponían letreros en las correas de las mulas, como se hace hoy en día con las defensas de los camiones.

Parece que su gran experiencia como viajero le permitió a Wrangel hacer el largo viaje hasta el palacio presidencial y conservar su ecuanimidad de espíritu a pesar de no haber sido reci-

bido ni haber logrado ningún resultado positivo. En ningún lugar de su diario recurre a un lenguaje de desesperación o de amargura; expone sus sentimientos con franqueza y con sinceridad, lamentándose únicamente del destino que permitió la muerte, poco antes de su llegada, de dos personajes que le pudieron haber sido útiles.

México, como toda nueva nación, buscaba afanosamente el reconocimiento internacional de su independencia. En años posteriores, el reconocimiento de cada régimen, sobre todo a partir de Porfirio Díaz, constituía muchas veces la piedra angular de su política exterior. En la misma época en que Wrangel se encontraba en México, el país buscaba su reconocimiento ante España, el Vaticano, y posteriormente Rusia. Es de extrañarse entonces que el gobierno mexicano no se haya interesado más en las propuestas de Wrangel. Es cierto que se presentó sin acreditación de parte de su gobierno, pero recibirlo como el visitante distinguido e influyente que lo era, no hubiera sido de más.

La misión de Wrangel en México fue un fracaso, en parte por que él no comprendía y no podía simpatizar con los mexicanos y aquéllos no le brindaron su confianza. El diario es otro capítulo acerca de las costumbres del país y de los problemas que tuvo que afrontar durante sus primeros años de vida independiente.

ANNE STAPLES  
*El Colegio de México*